FUTBOL
UNA PASION ARGENTINA

Allá por 1933 Ezequiel Martínez Estrada observó que "el deporte ha tomado en cada país las peculiaridades del alma colectiva. Entre nosotros el fútbol es el sur contra el norte". Esa captación y expresión de lo colectivo ha nutrido el interés de creadores y pensadores que trataron de testimoniar, o desentrañar, esa pasión de multitudes. Las disciplinas humanísticas tratarán de evaluar el universo de los goles. Descubrirán que como en el cine, en el teatro o en la TV, hay figuras que se vuelven vedettes. Y que eso las envanece o les permite tomar conciencia crítica. Frivolizarse haciendo show en un cabaret o comprometiéndose políticamente. Jorge Llistosella dará datos concretos del asunto. A la vez que detallará la instrumentación ideológica, la clave retórica, de las crónicas deportivas. Pero, el alma colectiva puede ser desentrañada desde la cercanía de la narración. La pericia de Osvaldo Soriano ofrece la intimidad de un director técnico fracasado y sus sucias estrategias de juego. Alberto Dearriba reciclará las nostalgias de ver el lugar de un querido estadio convertido en territorio de un supermercado. Es que el fútbol entra de taquito en las expresiones artísticas. Y no sólo está presente en los clásicos *Pelota de trapo* o *El centroforward murió al amanecer* sino, también, en una de las más gozosas travesuras del dúo Borges-Bioy Casares.

En una de las *Crónicas de Bustos Domecq*, el protagonista visita a Tulio Savastano, presidente de Abasto Juniors, y se entera de que no sólo se arreglan los partidos, sino que "no hay *score* ni cuadros ni partidos. Los estadios ya son demoliciones que se caen a pedazos. Hoy todo pasa en la televisión y en la radio. La falsa excitación de los locutores ¿nunca lo llevó a maliciar que todo es pátraña? El último partido de fútbol se jugó en la capital el día 24 de junio del '37. Desde aquel preciso momento, el fútbol, al igual que la vasta gama de deportes, es un género dramático, a cargo de un solo hombre en una cabina o de actores con camiseta ante el *cameraman*".

Borges y Bioy revelaban múltiples intuiciones certeras. El fútbol como negocio. El fútbol como simulacro, como artificio. El fútbol como puro espectáculo, como género épico-dramático, una especie de folletín para varones.



EL PERIODISMO DEPORTIV
COMO FICCION IDEOLOGIC

Por Jorge Llistosella

En 1902, al terminar el primer tiempo, Argentina iba ganando a Brasil por 3 a 0. El presidente Julio Argentino Roca le pidió, entonces, al capitán argentino, Jorge Brown, que "en nombre de la confraternidad" empatasen el partido. Igualaron en 3.

Tal vez antes, quizás en esa ocasión, el fútbol dejó de ser en la Argentina solamente un bello deporte, un juego de confrontación, una sencilla expresión física de placer y uno de los tantos modos que tiene un individuo para aprender a vivir comunitariamente. Durante un partido de fútbol sus protagonistas pueden hacer *palomitas*, darle patadas a la pelota o a su peligroso adversario, ser conmovedoramente generosos, hacer un saludo dedicado a la hinchada, iniciar un ataque y hasta meter un gol. Si ese gol es decisivo para el resultado, el futbolista Claudio Marangoni, de Independiente, lo calificará como "una sensación no comparable con ningún sentimiento humano intenso que yo conozca". ¿Exagerado? Sí, pero hay que estar.

Un sujeto se define jugando al fútbol, porque la espontaneidad de sus maniobras lo desviste psicológicamente. La suma de esos individuos da forma a un deporte que Dante Panzeri sintetizó como "dinámica de lo impensado". Ese periodista, muerto en 1978, hizo, también, un análisis más profundo: "La vinculación del deporte con la fraternidad humana es, en realidad, mucho más una expresión de deseos que un hecho consumado. La humanidad es naturalmente separatista, a partir de cualquier congregación mayor a dos personas. Y el deporte no logra resolver esa condición del hombre, mucho más fuerte que el hombre mismo. El deporte es un hecho eminentemente clasista. Miles de pruebas lo certifican. Y no digo que eso está bien. Digo que eso es así en el hombre".

El delantero Jorge Valdano, integrante del seleccionado argentino que ganó la Copa Mundial 1986, definió a los futbolistas como "una tropa suspicaz, individualista y vanidosa". Se esperanzó con que el fútbol ayude a los niños "a desarrollar el sentido de la libertad, de la responsabilidad y del esfuerzo", aunque Valdano sucumbe ante la realidad cuando llama a preguntarse "si en esa búsqueda desesperada por el triunfo no se nos ha caído el aprecio a la belleza, el valor de la honestidad, y es posible que hasta el sentido común".

Valdano no es un soñador: se trata de un profesional a ultranza que, para serlo, optó por el análisis inteligente. Los enormes estadios argentinos, construidos hace cuarenta años para albergar multitudes, hoy sólo expresan su vaciedad. Durante 1954 fueron 15.000 personas de promedio por jornada a ver fútbol en el campeonato argentino de primera división. En el mes actual, apenas tres clubes (Racing, Boca y San Lorenzo) consiguieron superar la cifra de 10.000.

Hay infinidad de explicaciones ensayadas, y una razón pura: el juego actual es feo. Una legión de advenedizos se incorporó al fútbol para proveerse económicamente de él. Y consiguió que la creatividad, graciosa y deseada por el público, fuese reemplazada por torpes maniobras destructivas, con predominio de lo atlético sobre lo bello. Actualmente se intenta convencer (en vano, según las pruebas) de que ése es, también, un fútbol bello. Como si se adujera que Graciela Dufau es una actriz capaz de emocionar porque la formaron con el método Stanislavski.

El periodismo deportivo ha sido vehículo transmisor de aquella desarmonía. Lo hizo por incapacidad, pero también como partícipe de un intenso esfuerzo por intervenir en el gran negocio que fue (y aún es) el fútbol. Uno de los más perfectos análisis de ese periodismo que estuvo a cargo de Blas Matamoro, en un capítulo *(Los dioses del estadio)* de su libro *Olimpo*, cuya edición abortó durante la última dictadura militar, al ser denunciado Matamoro por uno de los que eran desenmascarados en su texto. Aquí, algunos tramos de ese libro inédito.

"Analizando el esfuerzo de estilo (poderosamente *kitsch* y con una sofisticación vergonzante de escritor a sueldo con complejos de populismo) que cubre los textos en que se narran partidos y demás anécdotas del deporte, y confrontándolos con el habla registrada de los deportistas en entrevistas y declaraciones, se observa que el cronista, en todos los casos, ha pulido y retocado lo que han dicho los olímpicos del estadio. Ha actuado como una suerte de amanuense de ellos, ha traducido lo hablado a un lenguaje que se armoniza fácilmente con toda la retórica tecnológica y religiosa de una revista deportiva de hoy. Si tomamos como enésima versión de ciertas divinidades menores del populismo a los deportistas de actualidad, diríamos que el redactor de *El Gráfico* juega, ante ellos, el rol que la Pitia jugaba frente al oráculo apolíneo. El dios susurraba en sus oídos, en lengua divina, sus predicciones y dictámenes. La Pitia los traducía a la lengua de los mortales para hacerlos comprensibles, para vehiculizar la verdad que los hombres debían obedecer. Era el verbo para los feligreses, el elemento de unión, pero, a la vez, de severa e infranqueable distancia entre los dioses y los fieles. En el fondo, lo que *El Gráfico* hace con los dioses del estadio es instrumentarlos, mediatizarlos, para servir a su propio discurso (y a su propio negocio, desde luego). Hoy es Fulano, pero mañana Fulano será nadie y



LA FAMA ES PURO CUENTO

Ernesto Duchini, asesor sobre fútbol infantil y juvenil en Independiente y en la Asociación del Fútbol Argentino (AFA), tiene, a los 77 años de edad, una memoria panorámica sobre el fútbol argentino, los jugadores y sus formas de ser. "Allá por las décadas del '30 y del '40, los jugadores no cuidaban el dinero como los de ahora. Vestían bien y a la plata se la gastaban en la noche –informa Duchini, tras hacer la salvedad de que está generalizando–. ¿Qué quiero decir con la noche? Y... cabaret, *chupi*, mujeres."

Era el tiempo de Bernabé Ferreyra, de los jóvenes José Manuel Moreno y Adolfo Pedernera. Estar en la noche, ser dispendioso y *ganador* con las mujeres del ambiente artístico daba categoría. Moreno fue, innegablemente, el paradigma de esa imagen: casado con una Miss Colombia, fue más tarde marido de la actriz Pola Alonso. Algunas veces, uno de sus entrenadores lo rescató de un night club donde *El Fanfa* (apodo de Moreno) había pasado la noche del sábado. Lo llevaban al estadio, le hacían beber un tazón de café, le quitaban su reloj con malla de oro, lo sumergían en un baño caliente, y horas más tarde Moreno sostenía, en la cancha, su condición del más grande futbolista argentino de todos los tiempos.

Otros jugadores de la época optaban por inversiones menos estrepitosas aunque más firmes: bienes de capital. Ernesto Lazzatti comenzó en la década del '30 con la sencilla y muy argentina idea de una casa propia. En 1943, Lazzatti ganó 12.789,94 pesos moneda nacional (promedio mensual: 1.065,82) y en su madurez fue próspero dueño de una concesionaria de automóviles y de una financiera.

Casas, oro y dinero extranjero eran, hacia fines de la década del '50, las opciones ocultas de futbolistas que exteriorizaban su esplendor con ropas a la moda, pero siempre dentro de un automóvil. A partir de ese tiempo, los lugares de concentración debieron ser provistos con playas de estacionamiento donde aguardaban los símbolos de la fama.

Los años '60 y '70, con sus sacudones económico-financieros, modificaron a los dioses del estadio. Fue por entonces que Renato Cesarini, un entrenador, dijo que jamás había escuchado tantas conversaciones sobre negocios en el vestuario donde los jugadores se cambian antes y después de un partido o de una práctica.

Ya el ahorro había dejado de ser la base de la fortuna, y triunfadores como Ubaldo Fillol, al abandonar el arco defendido con pantalón corto, pasaban a ser dueños de varios departamentos, cuyo alquiler se sumaba a los ingresos futbolísticos. José Pastoriza (entrenador de Independiente) es el próspero titular de la pizzería *La gata Alegría*; Ricardo Giusti (integrante del seleccionado campeón mundial en 1986) es dueño de un restaurante; Oscar Ortiz (campeón mundial en 1978) prefirió abrir un gimnasio vecino al Parque Chacabuco.

Variantes de inversión, ya los jugadores de fútbol no se conformaban con la fama, la acumulación financiera y el vehículo de moda (el BMW barrió con la elección de los más pudientes): sus ropas de sport y sus cortes de pelo (el flequillo es favorito), delatan casi inequívocamente a un astro de los campos deportivos.

Queda como una audacia el tapado blanco de visón y el arito a los que se mostró afecto Diego Maradona. No tanto por lo caro que es el primero, ni por lo perforante del segundo: es que de algunas situaciones es imposible regresar, como dijo cierto general. (J.Ll.)

Esperand

"Dentro de dos años, cuando me case, me voy a hacer una casa monumental en Villa Fiorito. Ya lo tenemos hablado con mi novia y ella está de acuerdo. Quiero que el día de mañana, mis hijos tengan libertad para jugar a la pelota, como la tenía yo cuando era pibe. Allá, no nos faltaba nada." (La Nación, 1978. Ya jugaba en primera división y estaba considerado el mejor futbolista argentino. Nació en Villa Fiorito, una villa miseria en la cual aún hoy se carece de agua corriente.)

"A las revistas o programas de televisión que en vez de hacer periodismo hacen negocios, yo les cobro por hacer declaraciones. Y también les cobro a los periodistas que siempre se refirieron a mí con mala fe, no a los que me critican como jugador, sino a los que usan mi nombre porque no tienen otra noticia para poner y me usan porque estoy de moda. A los que me inventan romances o dicen mentiras." (11-12-79. *Goles*.)

"Con Claudia, mi novia, pensamos que podríamos vivir en Beverly Hills o Bel Air, dos lugares que me encantan." (13-5-81. *Clarín*.)

"El problema de los desaparecidos es terrible y hay que encontrar una solución, porque así lo quieren todos los argentinos." (21-3-83. Opinión vertida durante un almuerzo con la prensa extranjera en Madrid, España.)

"Yo había dicho hace un par de años que no entendía nada de política, que no hablaba del tema. Pero ahora estoy cambiando un poco. Me interesa mucho hablar de política en mi casa, con mis padres y mis amigos (...) Estoy formando mis ideas, aunque no me he identificado con ningún partido."

EL PERIODISMO DEPORTIVO COMO FICCION IDEOLOGICA

Por Jorge Llistosella

En 1902, al terminar el primer tiempo, Argentina iba ganando a Brasil por 3 a 0. El presidente Julio Argentino Roca le pidió, entonces, al capitán argentino, Jorge Brown, que "en nombre de la confraternidad" empatasen el partido. Igualaron en 3.

Tal vez antes, quizás en esa ocasión, el fútbol dejó de ser en la Argentina solamente un bello deporte, un juego de confrontación, una sencilla expresión física de placer y uno de los tantos modos que tiene un individuo para aprender a vivir comunitariamente. Durante un partido de fútbol sus protagonistas pueden hacer *palomitas*, darle patadas a la pelota o a su peligroso adversario, ser conmovedoramente generosos, hacer un saludo dedicado a la hinchada, iniciar un ataque y hasta meter un gol. Si ese gol es decisivo para el resultado, el futbolista Claudio Marangoni, de Independiente, lo calificará como "una sensación no comparable con ningún sentimiento humano intenso que yo conozca". ¿Exagerado? Sí, pero hay que estar.

Un sujeto se define jugando al fútbol, porque la espontaneidad de sus maniobras lo desviste psicológicamente. La suma de esos individuos da forma a un deporte que Dante Panzeri sintetizó como "dinámica de lo impensado". Ese periodista, muerto en 1978, hizo, también, un análisis más profundo: "La vinculación del deporte con la fraternidad humana es, en realidad, mucho más una expresión de deseos que un hecho consumado. La humanidad es naturalmente separatista, a partir de cualquier congregación mayor a dos personas. Y el deporte no logra resolver esa condición del hombre, mucho más fuerte que el hombre mismo. El deporte es un hecho eminentemente clasista. Miles de pruebas lo certifican. Y no digo que eso está bien. Digo que eso es así en el hombre".

El delantero Jorge Valdano, integrante del seleccionado argentino que ganó la Copa Mundial 1986, definió a los futbolistas como "una tropa suspicaz, individualista y vanidosa". Se esperanzó con que el fútbol ayude a los niños "a desarrollar el sentido de la libertad, de la responsabilidad y del esfuerzo", aunque Valdano sucumbe ante la realidad cuando llama a preguntarse "si en esa búsqueda desesperada por el triunfo no se nos ha caído el aprecio a la belleza, el valor de la honestidad, y es posible que hasta el sentido común".

Valdano no es un soñador: se trata de un profesional a ultranza que, para serlo, optó por el análisis inteligente. Los enormes estadios argentinos, construidos hace cuarenta años para albergar multitudes, hoy sólo expresan su vaciedad. Durante 1954 fueron 15.000 personas de promedio por jornada a ver fútbol en el campeonato argentino de primera división. En el mes actual, apenas tres clubes (Racing, Boca y San Lorenzo) consiguieron superar la cifra de 10.000.

Hay infinidad de explicaciones ensayadas, y una razón pura: el juego actual es feo. Una legión de advenedizos se incorporó al fútbol para proveerse económicamente de él. Y consiguió que la creatividad, graciosa y deseada por el público, fuese reemplazada por torpes maniobras destructivas, con predominio de lo atlético sobre lo bello. Actualmente se intenta convencer (en vano, según las pruebas) de que ése es, también, un fútbol bello. Como si se adujera que Graciela Dufau es una actriz capaz de emocionar porque la formaron con el método Stanislavski.

El periodismo deportivo ha sido vehículo transmisor de aquella desarmonía. Lo hizo por incapacidad, pero también como partícipe de un intenso esfuerzo por intervenir en el gran negocio que fue (y aún es) el fútbol. Uno de los más perfectos análisis de ese periodismo que estuvo a cargo de Blas Matamoro, en un capítulo *(Los dioses del estadio)* de su libro *Olimpo*, cuya edición abortó durante la última dictadura militar, al ser denunciado Matamoro por uno de los que eran desenmascarados en su texto. Aquí, algunos tramos de ese libro inédito.

"Analizando el esfuerzo de estilo (poderosamente *kitsch* y con una sofisticación vergonzante de escritor a sueldo con complejos de populismo) que cubre los textos en que se narran partidos y demás anécdotas del deporte, y confrontándolos con el habla registrada de los deportistas en entrevistas y declaraciones, se observa que el cronista, en todos los casos, ha pulido y retocado lo que han dicho los olímpicos del estadio. Ha actuado como una suerte de amanuense de ellos, ha traducido lo hablado a un lenguaje que se armoniza fácilmente con toda la retórica tecnológica y religiosa de una revista deportiva de hoy. Si tomamos como enésima versión de ciertas divinidades menores del populismo a los deportistas de actualidad, diríamos que el redactor de *El Gráfico* juega, ante ellos, el rol que la Pitia jugaba frente al oráculo apolíneo. El dios susurraba en sus oídos, en lengua divina, sus predicciones y dictámenes. La Pitia los traducía a la lengua de los mortales para hacerlos comprensibles, para vehiculizar la verdad que los hombres debían obedecer. Era el verbo para los feligreses, el elemento de unión, pero, a la vez, de severa e infranqueable distancia entre los dioses y los fieles. En el fondo, lo que *El Gráfico* hace con los dioses del estadio es instrumentarlos, mediatizarlos, para servir a su propio discurso (y a su propio negocio, desde luego). Hoy es Fulano, pero mañana Fulano será nadie y el prócer de recambio será Mengano. Lo permanente no son estos hombres con vestidura de dioses (aunque la vestidura sea, a veces, su desnudez muscular): lo permanente es el espectáculo de la ideología en que juegan roles protagónicos y fugaces, y el escenario de la empresa que los consume como violentas mariposas que arden en las candilejas, a la vez objeto iluminado y materia combustible de la iluminación (...) El discurso de *El Gráfico* trata de escamotear la realidad del deporte como gran negocio, y del deportista como instrumento cosificado de una empresa en la que participa epocalmente, y que permanece en manos ajenas. No hay estudios sobre el doping de los boxeadores, ni sobre la frecuencia y peligrosidad de los accidentes deportivos. Tampoco estadísticas sobre remuneraciones ni sobre una realidad flagrante: la explotación, escandalosamente deficitaria, del fútbol argentino."

Es el fútbol, en fin, algo más que un dulce pasatiempo. La televisión (ATC, *Fútbol de primera*; Canal 9, *Todos los goles*) se convirtió en una prueba feroz de la tentativa por ponerle un disfraz a la mona: se emiten lapsos escogidos de los encuentros, editados como si ésa fuera toda la verdad, con lo que se da por cierto un hecho inexistente, puesto que el partido fue despojado de sus períodos más aburridos y penosos. En otros casos, lo que se ofrece son únicamente goles. Marangoni confesó que su pequeño hijo le había comentado que es "más lindo ver el partido por televisión que ir a la cancha". Es lo que piensan miles de personas: prefirieron el fútbol que se juega en una pantalla de 20 pulgadas.

Para opinar sobre fútbol hoy se hace necesaria una versación sobre disciplinas arduas. Y ha de caer en el descrédito quien siga soñando con aquel viejo, candoroso y deslumbrante romance entre un empeine y una pelota.



LA FAMA ES PURO CUENTO

Ernesto Duchini, asesor sobre fútbol infantil y juvenil en Independiente y en la Asociación del Fútbol Argentino (AFA), tiene, a los 77 años de edad, una memoria panorámica sobre el fútbol argentino, los jugadores y sus formas de ser. "Allá por las décadas del '30 y del '40, los jugadores no cuidaban el dinero como los de ahora. Vestían bien y a la plata se la gastaban en la noche –informa Duchini, tras hacer la salvedad de que está generalizando–. ¿Qué quiero decir con la noche? Y... cabaret, *chupi*, mujeres."

Era el tiempo de Bernabé Ferreyra, de los jóvenes José Manuel Moreno y Adolfo Pedernera. Estar en la noche, ser dispendioso y *ganador* con las mujeres del ambiente artístico daba categoría. Moreno fue, innegablemente, el paradigma de esa imagen: casado con una Miss Colombia, fue más tarde marido de la actriz Pola Alonso. Algunas veces, uno de sus entrenadores lo rescató de un night club donde *El Fanfa* (apodo de Moreno) había pasado la noche del sábado. Lo llevaban al estadio, le hacían beber un tazón de café, le quitaban su reloj con malla de oro, lo sumergían en un baño caliente, y horas más tarde Moreno sostenía, en la cancha, su condición del más grande futbolista argentino de todos los tiempos.

Otros jugadores de la época optaban por inversiones menos estrepitosas aunque más firmes: bienes de capital. Ernesto Lazzatti comenzó en la década del '30 con la sencilla y muy argentina idea de una casa propia. En 1943, Lazzatti ganó 12.789,94 pesos moneda nacional (promedio mensual: 1.065,82) y en su madurez fue próspero dueño de una concesionaria de automóviles y de una financiera.

Casas, oro y dinero extranjero eran, hacia fines de la década del '50, las opciones ocultas de futbolistas que exteriorizaban su esplendor con ropas a la moda, pero siempre dentro de un automóvil. A partir de ese tiempo, los lugares de concentración debieron ser provistos con playas de estacionamiento donde aguardaban los símbolos de la fama.

Los años '60 y '70, con sus sacudones económico-financieros, modificaron a los dioses del estadio. Fue por entonces que Renato Cesarini, un entrenador, dijo que jamás había escuchado tantas conversaciones sobre negocios en el vestuario donde los jugadores se cambian antes y después de un partido o de una práctica.

Ya el ahorro había dejado de ser la base de la fortuna, y triunfadores como Ubaldo Fillol, al abandonar el arco defendido con pantalón corto, pasaban a ser dueños de varios departamentos, cuyo alquiler se sumaba a los ingresos futbolísticos. José Pastoriza (entrenador de Independiente) es el próspero titular de la pizzería *La gata Alegría*; Ricardo Giusti (integrante del seleccionado campeón mundial en 1986) es dueño de un restaurante; Oscar Ortiz (campeón mundial en 1978) prefirió abrir un gimnasio vecino al Parque Chacabuco.

Variantes de inversión, ya los jugadores de fútbol no se conformaban con la fama, la acumulación financiera y el vehículo de moda (el BMW barrió con la elección de los más pudientes): sus ropas de sport y sus cortes de pelo (el flequillo es favorito), delatan casi inequívocamente a un astro de los campos deportivos.

Queda como una audacia el tapado blanco de visón y el arito a los que se mostró afecto Diego Maradona. No tanto por lo caro que es el primero, ni por lo perforante del segundo: es que de algunas situaciones es imposible regresar, como dijo cierto general. (J.Ll.)

Esperando al zurdo

"Dentro de dos años, cuando me case, me voy a hacer una casa monumental en Villa Fiorito. Ya lo tenemos hablado con mi novia y ella está de acuerdo. Quiero que el día de mañana, mis hijos tengan libertad para jugar a la pelota, como la tenía yo cuando era pibe. Allá, no nos faltaba nada." (La Nación, 1978. Ya jugaba en primera división y estaba considerado el mejor futbolista argentino. Nació en Villa Fiorito, una villa miseria en la cual aún hoy se carece de agua corriente.)

"A las revistas o programas de televisión que en vez de hacer periodismo hacen negocios, yo les cobro por hacer declaraciones. Y también les cobro a los periodistas que siempre se refirieron a mí con mala fe, no a los que me critican como jugador, sino a los que usan mi nombre porque no tienen otra noticia para poner y me usan porque estoy de moda. A los que me inventan romances o dicen mentiras." (11-12-79, *Goles*.)

"Con Claudia, mi novia, pensamos que podríamos vivir en Beverly Hills o Bel Air, dos lugares que me encantan." (13-5-81, *Clarín*.)

"El problema de los desaparecidos es terrible y hay que encontrar una solución, porque así lo quieren todos los argentinos." (21-3-83. Opinión vertida durante un almuerzo con la prensa extranjera en Madrid, España.)

"Yo había dicho hace un par de años que no entendía nada de política, que no hablaba del tema. Pero ahora estoy cambiando un poco. Me interesa mucho hablar de política en mi casa, con mis padres y mis amigos (...) Estoy formando mis ideas, aunque no me he identificado con ningún partido." (24-4-83, *Clarín*.)

"Hay muchísima gente que la está pasando mal y, por lo que me han dicho, los políticos tienen la fórmula para que algunas cosas cambien. Quiero, fundamentalmente, que haya un país con libertades. Yo soy joven y voy tomando de a poco conciencia de la libertad. En España aprendí a percibir mejor la diferencia porque allá existen más libertades que en nuestro país. Pero estoy seguro que, con un gobierno democrático, aquí se va a conseguir. Eso es lo primero. Y después, que se le dé importancia al mejoramiento de la situación de los trabajadores. Una gran importancia. Como debe ser." (28-7-83, *Clarín*).

"Estoy contento por el triunfo de la democracia y espero que Alfonsín saque al país de todo esto (...) La última vez que vine, dije que había notado una gran tristeza en toda la gente. Eso es lo que hay que mejorar. Hay mucha gente a la que se le debe dar de comer y posibilidades de vestir a su familia. Es imprescindible que los que trabajan puedan tener medios para poder mandar a sus hijos a la escuela, sin tener que privarse de lo necesario para vivir." (11-11-83, *Clarín*.)

Con los recursos que han dejado los militares, la Argentina no tiene futuro: la colocaron entre las tres naciones más pobres. El argentino ha vivido entre muchas miserias humanas como para creer que algún día habrá paz. Yo soy de izquierda en el fútbol, en mi fe y en mi cabeza. Pero no en el sentido que se le da en Europa: soy de izquierda en el sentido en que soy pro Alfonsín, por el progreso de mi país, para mejorar el nivel de la gente pobre, para que todos tengan paz y libertad." (1987, marzo. *Playboy*, versión italiana).

Alejandro Amdan

15 de agosto de 1981, estadio de Ferro Carril Oeste: peligro de extinción.

SAN LORENZO DE LOS PARIAS

Por Alberto Dearriba

Agarró el changuito y empujó hacia adelante. Alguna vez tendría que resignarse a entrar en ese estómago gigante que una multinacional montó en el centro mismo de sus recuerdos infantiles. Mientras caminaba entre las góndolas atiborradas de alimentos y chucherías, le pareció volver a oír aquel estribillo zumbón: *"Che, tarado, che,tarado, dan la vuelta, en un supermercado"*. La bufonada se repetía cada domingo.

El drama se había iniciado aquel 2 de diciembre de 1979, cuando San Lorenzo de Almagro perdió para siempre el estadio inaugurado en 1916, y se convirtió en San Lorenzo de los Parias. Clausurado el Gasómetro, ya nada fue igual.

Sin casa propia, extranjero cada domingo, San Lorenzo ganó el oprobio de ser el primer grande de la historia del fútbol profesional que perdió la categoría. *"No tienen cancha, no tienen huevos, ustedes son gallinas, las gallinas de Boedo"*, vocifera el escarnio.

Desaparecido su emblema más nítido, los movimientos del barrio se trastrocaron. Las luces de algunos boliches aledaños se fueron apagando: la pizzería El Ciclón, el café San Lorenzo. Acostumbrados a distinguir las ovaciones, los vecinos sabían –sin prender la radio– si el gol era de San Lorenzo o si lo gritaba la tribuna visitante, la que daba a la calle Mármol. Se acabó el picado de los sábados abajo de la tribuna. A la noche no se oían los parlantes del baile, en el Salón San Martín. El silencio de los domingos se parecía a un ruido estrepitoso.

Para muchos, no sólo se había perdido el marco de referencia, sino también una fuente de trabajo: cuidar coches los domingos no era una changa despreciable. Los pibes podían abrir las puertas de los taxis o esperar abajo de las tribunas el momento sublime. Cuando la muchedumbre estallaba en la catarsis del gol, desde los crujientes tablones llovían relojes, encendedores, billeteras y monedas. Claro que había que esquivar las meadas. Terminado el partido era cuestión de recorrer las plateas para juntar los diarios que dejaban en las butacas: el producido de tres fechas de local alcanzaba para pagar la temporada de pileta.

Durante la semana había otros rebusques: el más rentable era recoger las cápsulas servidas que regaban el piso arenoso del polígono de tiro. En la fundición del Tano Grizzutti pagaban bien el bronce. Una bolsita de un kilo alcanzaba para comprarse una "Pulpo" de goma o para hartarse de tomar Bidú con palitos en el buffet de enfrente de las hamacas.

Aferrado al changuito, el hombre no podía creer que en el lugar donde ahora despanzurraban merluzas hubiera bordado sus filigranas el malabarista Coco Rossi. Tuvo la misma sensación de incredulidad que lo ganó el 15 de agosto de 1981 cuando Alles le atajó el penal a Delgado –adelantándose antirreglamentariamente– y San Lorenzo se fue a la B.

El año siguiente fue horrible: el país embarcado en una guerra absurda y el equipo jugando en canchas ignotas y el Gasómetro en plena destrucción. La nueva sede –denominada pretensiosamente Ciudad Deportiva– crecía extraña en el Bajo Flores. Sólo la administración del club, con su escudo al frente, indicaba que la avenida La Plata era el lugar de pertenencia. Sin embargo, algunos resistían. En los restos del paredón descascarado que guardaba la cancha, alguien escribió: *"Ciclón, yo te sigo a todas partes, cada vez te quiero más"*.

Cada sábado, una legión de trashumantes unidos por dos colores llenó estadios mucho más incómodos que el derribado para dar paso a este emporio del consumo. Había que rescatar el emblema que los identificaba. Si era preciso meterían la pelota en el arco a gritos: *"Señores, yo soy de un barrio/ barrio de corazón/ señores, yo soy de Boedo/ y soy hincha del Ciclón"*, fue el himno redentor. En partidos contra Almirante Brown, Argentino de Quilmes o Tigre se juntaba más gente que para ver a Boca o a River. La bronca y el peligro de extinción perforaron las redes: San Lorenzo de los Parias volvió a la primera división.

Sin embargo, el desarraigo continuó: el equipo hizo las veces de local –alternativamente– en las canchas de Ferro, Atlanta, Vélez, Boca y hasta Huracán. Pero sus devotos no echaron raíces en ningún estadio. Los dos primeros suelen resultar demasiado chicos. Ir desde Boedo hasta Liniers es como trasladarse con la familia a Burkina Faso. La Bombonera es mufa y jugar en "La Quema", algo así como vivir en territorio enemigo. La cancha de Huracán es la más cercana. Las fronteras de ambos barrios son difusas. Pero cualquier porteño sabe que no hay bronca más genuina que la que se profesa por el vecino. Para el tipo de al lado hay dos categorías: es macanudo o es un hijo de puta. Cuando San Lorenzo se fue al descenso los "quemeros" desfilaron en cortejo fúnebre por avenida La Plata, con un ataúd. Cuando le tocó a Huracán, los "cuervos" armaron una orquesta para tocar la marcha fúnebre. Así y todo, esa tarde se burlaron por los parlantes de la cancha: "Vecino de Boedo; donde antes hubo un estadio de fútbol hoy hay un supermercado, visítelo con su familia".

Al pasar con su changuito frente a unos impúdicos salchichones calculó que por allí transitó en 1959 la zurda elegante de Omar Higinio García. Se angustió una vez más. Comenzaba a comprender que había perdido para siempre uno de sus más tempranos lugares de pertenencia. El zumbido de las calculadoras nada tenía que ver con la ovación que estallaba en cada gol del Nene Sanfilipo. Aquella promiscuidad de repollos, cerdos y matapolillas se enseñoreaba sobre el campo que gastaron los carasucias del '64, los matadores del '68 y los bicampeones del '72. No aguantó más y salió. Caminó un par de cuadras por la avenida y no la reconoció. Por suerte le quedaba aquel pedazo de tablón que arrancó de las tribunas el último día de gloria del Gasómetro. Juró no volver más.

el prócer de recambio será Mengano. Lo permanente no son estos hombres con vestidura de dioses (aunque la vestidura sea, a veces, su desnudez muscular): lo permanente es el espectáculo de la ideología en que juegan roles protagónicos y fugaces, y el escenario de la empresa que los consume como violentas mariposas que arden en las candilejas, a la vez objeto iluminado y materia combustible de la iluminación (...) El discurso de *El Gráfico* trata de escamotear la realidad del deporte como gran negocio, y del deportista como instrumento cosificado de una empresa en la que participa epocalmente, y que permanece en manos ajenas. No hay estudios sobre el doping de los boxeadores, ni sobre la frecuencia y peligrosidad de los accidentes deportivos. Tampoco estadísticas sobre remuneraciones ni sobre una realidad flagrante: la explotación, escandalosamente deficitaria, del fútbol argentino.''

Es el fútbol, en fin, algo más que un dulce pasatiempo. La televisión (ATC, *Fútbol de primera*; Canal 9, *Todos los goles*) se convirtió en una prueba feroz de la tentativa por ponerle un disfraz a la mona: se emiten lapsos escogidos de los encuentros, editados como si ésa fuera toda la verdad, con lo que se da por cierto un hecho inexistente, puesto que el partido fue despojado de sus períodos más aburridos y penosos. En otros casos, lo que se ofrece son únicamente goles. Marangoni confesó que su pequeño hijo le había comentado que es ''más lindo ver el partido por televisión que ir a la cancha''. Es lo que piensan miles de personas: prefirieron el fútbol que se juega en una pantalla de 20 pulgadas.

Para opinar sobre fútbol hoy se hace necesaria una versación sobre disciplinas arduas. Y ha de caer en el descrédito quien siga soñando con aquel viejo, candoroso y deslumbrante romance entre un empeine y una pelota.

... al zurdo

(24-4-83, *Clarín.*)

''Hay muchísima gente que la está pasando mal y, por lo que me han dicho, los políticos tienen la fórmula para que algunas cosas cambien. Quiero, fundamentalmente, que haya un país con libertades. Yo soy joven y voy tomando de a poco conciencia de la libertad. En España aprendí a percibir mejor la diferencia porque allá existen más libertades que en nuestro país. Pero estoy seguro que, con un gobierno democrático, aquí se va a conseguir. Eso es lo primero. Y después, que se le dé importancia al mejoramiento de la situación de los trabajadores. Una gran importancia. Como debe ser.'' (28-7-83, *Clarín*).

''Estoy contento por el triunfo de la democracia y espero que Alfonsín saque al país de todo esto (...) La última vez que vine, dije que había notado una gran tristeza en toda la gente. Eso es lo que hay que mejorar. Hay mucha gente a la que se le debe dar de comer y posibilidades de vestir a su familia. Es imprescindible que los que trabajan puedan tener medios para poder mandar a sus hijos a la escuela, sin tener que privarse de lo necesario para vivir.'' (11-11-83, *Clarín.*)

Con los recursos que han dejado los militares, la Argentina no tiene futuro: la colocaron entre las tres naciones más pobres. El argentino ha vivido entre muchas miserias humanas como para creer que algún día habrá paz. Yo soy de izquierda en el fútbol, en mi fe y en mi cabeza. Pero no en el sentido que se le da en Europa: soy de izquierda en el sentido en que soy pro Alfonsín, por el progreso de mi país, para mejorar el nivel de la gente pobre, para que todos tengan paz y libertad.'' (1987, marzo. *Playboy*, versión italiana).



Alejandro Amdan

15 de agosto de 1981, estadio de Ferro Carril Oeste: peligro de extinción.

SAN LORENZO DE LOS PARIAS

Por Alberto Dearriba

Agarró el changuito y empujó hacia adelante. Alguna vez tendría que resignarse a entrar en ese estómago gigante que una multinacional montó en el centro mismo de sus recuerdos infantiles. Mientras caminaba entre las góndolas atiborradas de alimentos y chucherías, le pareció volver a oír aquel estribillo zumbón: *''Che, tarado, che,tarado, dan la vuelta, en un supermercado''*. La bufonada se repetía cada domingo.

El drama se había iniciado aquel 2 de diciembre de 1979, cuando San Lorenzo de Almagro perdió para siempre el estadio inaugurado en 1916, y se convirtió en San Lorenzo de los Parias. Clausurado el Gasómetro, ya nada fue igual.

Sin casa propia, extranjero cada domingo, San Lorenzo ganó el oprobio de ser el primer grande de la historia del fútbol profesional que perdió la categoría. *''No tienen cancha, no tienen huevos, ustedes son gallinas, las gallinas de Boedo''*, vocifera el escarnio.

Desaparecido su emblema más nítido, los movimientos del barrio se trastrocaron. Las luces de algunos boliches aledaños se fueron apagando: la pizzería El Ciclón, el café San Lorenzo. Acostumbrados a distinguir las ovaciones, los vecinos sabían –sin prender la radio– si el gol era de San Lorenzo o si lo gritaba la tribuna visitante, la que daba a la calle Mármol. Se acabó el picado de los sábados abajo de la tribuna. A la noche no se oían los parlantes del baile, en el Salón San Martín. El silencio de los domingos se parecía a un ruido estrepitoso.

Para muchos, no sólo se había perdido el marco de referencia, sino también una fuente de trabajo: cuidar coches los domingos no era una changa despreciable. Los pibes podían abrir las puertas de los taxis o esperar abajo de las tribunas el momento sublime. Cuando la muchedumbre estallaba en la catarsis del gol, desde los crujientes tablones llovían relojes, encendedores, billeteras y monedas. Claro que había que esquivar las meadas. Terminado el partido era cuestión de recorrer las plateas para juntar los diarios que dejaban en las butacas: el producido de tres fechas de local alcanzaba para pagar la temporada de pileta.

Durante la semana había otros rebusques: el más rentable era recoger las cápsulas servidas que regaban el piso arenoso del polígono de tiro. En la fundición del Tano Grizzutti pagaban bien el bronce. Una bolsita de un kilo alcanzaba para comprarse una ''Pulpo'' de goma o para hartarse de tomar Bidú con palitos en el buffet de enfrente de las hamacas.

Aferrado al changuito, el hombre no podía creer que en el lugar donde ahora despanzurraban merluzas hubiera bordado sus filigranas el malabarista Coco Rossi. Tuvo la misma sensación de incredulidad que lo ganó el 15 de agosto de 1981 cuando Alles le atajó el penal a Delgado –adelantándose antirreglamentariamente– y San Lorenzo se fue a la B.

El año siguiente fue horrible: el país embarcado en una guerra absurda y el equipo jugando en canchas ignotas y el Gasómetro en plena destrucción. La nueva sede –denominada pretensiosamente Ciudad Deportiva– crecía extraña en el Bajo Flores. Sólo la administración del club, con su escudo al frente, indicaba que la avenida La Plata era el lugar de pertenencia. Sin embargo, algunos resistían. En los restos del paredón descascarado que guardaba la cancha, alguien escribió: *''Ciclón, yo te sigo a todas partes, cada vez te quiero más''*.

Cada sábado, una legión de trashumantes unidos por dos colores llenó estadios mucho más incómodos que el derribado para dar paso a este emporio del consumo. Había que rescatar el emblema que los identificaba. Si era preciso meterían la pelota en el arco a gritos: *''Señores, yo soy de un barrio/ barrio de corazón/ señores, yo soy de Boedo/ y soy hincha del Ciclón''*, fue el himno redentor. En partidos contra Almirante Brown, Argentino de Quilmes o Tigre se juntaba más gente que para ver a Boca o a River. La bronca y el peligro de extinción perforaron las redes: San Lorenzo de los Parias volvió a la primera división.

Sin embargo, el desarraigo continuó: el equipo hizo las veces de local –alternativamente– en las canchas de Ferro, Atlanta, Vélez, Boca y hasta Huracán. Pero sus devotos no echaron raíces en ningún estadio. Los dos primeros suelen resultar demasiado chicos. Ir desde Boedo hasta Liniers es como trasladarse con la familia a Burkina Faso. La Bombonera es mufa y jugar en ''La Quema'', algo así como vivir en territorio enemigo. La cancha de Huracán es la más cercana. Las fronteras de ambos barrios son difusas. Pero cualquier porteño sabe que no hay bronca más genuina que la que se profesa por el vecino. Para el tipo de al lado hay dos categorías: es macanudo o es un hijo de puta. Cuando San Lorenzo se fue al descenso los ''quemeros'' desfilaron en cortejo fúnebre por avenida La Plata, con un ataúd. Cuando le tocó a Huracán, los ''cuervos'' armaron una orquesta para tocar la marcha fúnebre. Así y todo, esa tarde se burlaron por los parlantes de la cancha: ''Vecino de Boedo; donde antes hubo un estadio de fútbol hoy hay un supermercado, visítelo con su familia''.

Al pasar con su changuito frente a unos impúdicos salchichones calculó que por allí transitó en 1959 la zurda elegante de Omar Higinio García. Se angustió una vez más. Comenzaba a comprender que había perdido para siempre uno de sus más tempranos lugares de pertenencia. El zumbido de las calculadoras nada tenía que ver con la ovación que estallaba en cada gol del Nene Sanfilipo. Aquella promiscuidad de repollos, cerdos y matapolillas se enseñoreaba sobre el campo que gastaron los carasucias del '64, los matadores del '68 y los bicampeones del '72. No aguantó más y salió. Caminó un par de cuadras por la avenida y no la reconoció. Por suerte le quedaba aquel pedazo de tablón que arrancó de las tribunas el último día de gloria del Gasómetro. Juró no volver más.

ESTRATEGIA DE ORLANDO EL SUCIO

Por Osvaldo Soriano

Orlando el Sucio vino al club en 1961 y nos dijo que nos iba a llevar a la final del campeonato de la mano o a las patadas. "Yo soy un ganador", nos dijo, "un ganador nato" y se metió un dedo en la nariz achatada. Era petiso, barrigón, de pelo grasiento y tenía tantos bolsillos en los pantalones y en la campera que cuando viajaba no necesitaba llevar equipaje. Cuando terminamos el primer entrenamiento juntos nos llamó de a uno a todos los del plantel. No sé qué les dijo a los otros, pero a Pancho González y a mí nos llevó a un costado de la cancha y nos invitó con caramelos de limón que sacó de un bolsillo chiquito.

–Usted tiene pinta de no hacerle un gol a nadie –dijo y miró los ojos tristones de Pancho. Orlando tenía las pupilas grises como nubes de tormenta y la barba mal afeitada.

–Para eso está él –le contestó González y me señaló con la cabeza. Pancho era nuestro Pelé, un tipo capaz de arrancarle música a la pelota, y si no hacía goles era por temor de no recuperarla si la dejaba dentro del arco.

–Usted es duro con la derecha, viejo –me dijo a mí–, desde mañana empieza a pegarle contra la pared hasta que se le ablande. Desde entonces me tuvo un mes haciendo rebotar la pelota contra un paredón con la pierna prohibida. Me había dibujado un círculo no más grande que una rueda de auto y yo tenía que ponerla adentro.

De vez en cuando dejaba a los otros y venía a decirme que un goleador tiene que ser preciso como un relojero y ágil como una liebre.

Cuando vio que yo había afinado la puntería, llamó a González y nos reunió en un boliche de mala muerte donde el viento sacudía la puerta y entraba por las rendijas de las ventanas. Pedimos vino blanco y queso de las chacras y Orlando revolvió en los bolsillos hasta que encontró un frasco sin etiqueta y una libreta de apuntes. Echó la cabeza hacia atrás, se llenó la nariz de unas gotas amarillentas, respiró hondo con un gesto de disgusto y nos miró como a dos amigos de mucho tiempo.

–No quiero pudrirme en este lugar de mierda –dijo con voz desencantada–. Hay que rajar para Buenos Aires antes de que nos lleve el viento o nos agarre la fiebre amarilla.

González asintió con su cara dulce y se dio por aludido.

–Tengo que patear al arco más seguido –se disculpó.

–No, usted va a hacer algo más útil. Mire.

Bebió un trago de vino que se le chorreó sobre la camisa, abrió la libreta llena de apuntes a lápiz y se puso a dibujar un arquero con trazo torpe. Lo hizo con gorra pero sin ojos, ni nariz ni boca.

–Este es su hombre en el córner –dijo y buscó en otro bolsillo un pañuelo con un nudo–. Usted lo anula y Soriano la manda adentro.

Pancho González puso cara de sorpresa.

–En el área chica no lo puedo cargar.

–No se trata de eso, hay que darle un pinchazo, nada más.

Al principio no entendimos, pero cuando desanudó el pañuelo vimos las espinas largas y blancas atadas con un hilo azul.

–Acá, ¿ve? –señaló la silueta del arquero a la altura de las nalgas–. Se quedan duros como estatuas.

Sacó dos espinas, las miró al trasluz y nos alcanzó una a cada uno. González miró la suya con curiosidad y un poco de repugnancia.

–Yo no soy un ningún criminal –dijo y tiró la espina sobre la mesa.

Orlando el Sucio hizo una mueca de contrariedad o de desilusión y le puso una mano sobre el brazo.

–Vea, González, si usted no quiere hacerlo pongo a otro y listo. Usted nunca le va a hacer un gol a nadie en su vida y yo necesito salir de acá. Uno no puede pasarse la vida con la nariz seca y pagando mujeres en el quilombo. Yo tengo un buen contacto en Chacarita y si ganamos nos vamos los tres a Buenos Aires. ¿Ustedes ya conocen?

Los dos dijimos que no. Entonces me miró a mí, con sus ojos de tormenta, y se tocó la nariz.

–¿Usted sangra fácil? –me preguntó.

Al principio no entendí, pero más tarde tuve conciencia de que en esa mesa habíamos empezado a ganar la final que un mes después se jugó bajo la nieve, dos mil kilómetros más al sur.

–Como todo el mundo –le contesté–. Si me dan un codazo...

–Justamente –dijo–, usted va a recibir un codazo y se va a quedar en el suelo envuelto en sangre. Sin hacer aspaviento, medio desmayado, ¿me sigue?

–La verdad que no.

–En el momento que yo le haga una seña desde el banco. Usted se golpea la nariz. Hay que hacerlo echar al cinco de ellos que es el que tiene la manija.

Después, en la pensión donde él vivía, me revisó la nariz con una linterna y me explicó todo con muchos detalles. Odiaba ese lugar y había venido de Buenos Aires porque necesitaba unos pesos y andaba detrás de alguien. Por las noches se sentaba solo en un bar, miraba el fondo del vaso y dibujaba mujeres en las servilletas. La madrugada antes de viajar a Santa Cruz, lo encontré en el prostíbulo de Santa Ana. Estaba en el sillón de la sala de espera de la gitana Natasha, diluido detrás del velador, con un cigarrillo entre los dedos y un paquete de masas sobre las rodillas apretadas.

Cundo me vio puso cara de reproche, pero después me convidó un caramelo de limón y señaló la puerta de la pieza con un gesto.

–¿Usted también cobró?

Le dije que sí.

–Un goleador tiene que cuidarse –dijo y volvió a señalar la puerta de la habitación–. Si usted aprende a pegarle con la derecha nos vamos a llenar de oro –me dijo.

–Eso ya me lo dijo otro entrenador.

No me oyó. Metió la mano en un bolsillo perdido entre los pliegues de la campera y sacó una revista arrugada, abierta en una página donde había una foto de Corrientes y el obelisco.

–Mire –me dijo–, ahí tenemos que llegar nosotros. Yo tengo un amigo...

–En Chacarita –dije.

–Chacarita –sonrió–. Ese es el primer paso. Después River o Boca. Pero para eso hay que manejar las dos piernas y acercarse a algún lugar civilizado donde nos puedan ver...

–¿Por qué odia tanto este pueblo? –le pregunté.

–Algún día, cuando lleguemos aquí –señaló la foto de la revista–, se lo voy a contar.

La gitana Natasha abrió la puerta y lo vi darle un beso en la mejilla mientras dejaba el paquete de masas sobre la cama. Afuera el viento levantaba remolinos de arena y hacía rechinar los dientes de las mujeres que esperaban clientes en la puerta. Entré en lo de una flaca muy blanca, de piernas afeitadas, que hablaba todo el tiempo de los inspectores que la extorsionaban. Mientras le pagaba vi, abajo del cenicero, la misma revista que tenía Orlando el Sucio, abierta en la misma página.

Al día siguiente salimos para Río Grande en un ómnibus al que hubo que empujar en los pantanos y en las subidas. En dos días llegamos a una ciudad cubierta de nieve y jugamos casi sin descansar con un frío inolvidable.

Pancho González se puso a pisar la pelota, a hacer amagues, a mover la cintura, a picar y gambetear hasta que nos mareó a todos. El cinco de ellos no me marcó demasiado, pero igual yo protesté varias veces para que el árbitro lo tuviera marcado. Cuando empezó el segundo tiempo, pasé al lado de él, me pellizqué una vena de la nariz y me tiré al suelo.

El tipo se cansó de explicarle al referí que no me había hecho nada. Yo estaba allí, en el piso, sangrando como un cordero degollado y a él lo expulsaron de la cancha por juego sucio. Orlando vino entonces a ponerme una pomada para cicatrizar la herida y me dijo que así nunca iríamos al cielo, pero posiblemente ganáramos aquella final. Pancho González hizo un gol de tiro libre y nos asombró a todos. Después fue goleada y todo anduvo bien hasta que González se olvidó la espina clavada en el brazo del arquero y el árbitro suspendió el partido.

Estuvimos tres días refugiados en el cuartel de bomberos y no hubo manera de salir por la carretera, donde nos esperaban los hinchas del equipo local pese a la tormenta.

Al amanecer la policía nos puso en un barco de carga y ésa fue la única vez que estuve en el mar. Viajamos dos semanas sin camarote, comiendo porquerías hasta que nos tiraron en un puerto miserable. Mucho tiempo después nos enteramos de que el partido había sido declarado nulo y ese año no hubo campeón. Orlando el Sucio ya no estaba con nosotros. Muchos años más tarde, cuando yo era periodista en Buenos Aires, se apareció en la redacción, ya calvo, pero siempre lleno de bolsillos. Venía a publicitar un método infalible para ganar a la ruleta y me preguntó por qué me había frustrado como goleador.

–No sé, un día el arco se me hizo más chico –le dije.

–A veces pasa –me dijo, y me alcanzó una foto de cuando él era joven. Estaba con la camiseta de Independiente.

–Tres cosas marcaron mi vida –explicó–. El día que se me achicó el arco, la noche que perdí cien mil pesos en el casino y la madrugada que se fue la mujer de la que estaba enamorado. Cuando nos conocimos en el sur yo estaba buscando a esa mujer y a alguien que hiciera los goles en mi lugar. Usted no pudo ser por aquel accidente, pero encontré otro pibe en Mendoza y nos cansamos de ganar finales. ¿Sabe cómo volví a Buenos Aires? Me trajeron en andas.

–¿Encontró a la mujer? –le pregunté.

–No –dijo, y la mirada se le ensombreció–. Siempre hay que resignar algo en esta vida. ¿Quiere que le diga una cosa? Usted tenía talento en el área. Es una lástima que haya terminado así, teniendo que escribir tonterías.

–Al menos tengo suerte con las mujeres –mentí.

Me miró con una mueca despectiva, sacó un par de caramelos de limón de un bolsillo y me pasó uno.

–Es un buen consuelo –dijo y me guiñó un ojo.

Este cuento forma parte del libro *Rebeldes, soñadores y fugitivos* que estará en las librerías a fines de noviembre con el sello de Editora/12, y que incluye –por primera vez– narraciones cortas y artículos publicados por Soriano en los últimos años, en diarios del exterior.

